

Depresión postcoitum

Por: Miguel Ángel Flórez

La cama siempre me pareció un lugar hostil. Las babas, los fluidos, el sudor; todo aquello que se resistía a desprenderse de mis poros, lo lavaba con humo de cigarrillo. Me empapaba con nicotina la sangre hasta olvidar mi propio olor. Compartir la cama mientras se enfría la carne es inútil cuando no se siente amor. Me resistía una y otra vez a esa sensación, esperando que en algún momento el vacío se llenase con las piernas de una amante y yo tuviese que dejar de huir. Pero no pasaba, el secreto de las mil y una parejas que se pasean por las calles de Bogotá se me escapaba. Aun así, el acto carnal de entregarse o más que entregarse, desfogarse, era ineludible. Busqué a toda costa entre algunos brazos amorosos mi lugar y sólo encontraba aquel reflejo cobarde en el espejo, ojos cobardes que mirándose a sí mismos, preferían la soledad antes que compartir el silencio en pareja. Quizá nunca me interese si aquellos brazos recriminaron mi actitud. El demonio que traía consigo mil deseos y expectativas, desaparecía un segundo después de eyacular; no existía razón alguna para quedarse atado a unos brazos que se enfriaban lentamente, sin la posibilidad de posarse sobre un cuerpo que emanara calor.

Es oportuno decir, que como cualquier situación cotidiana de la vida, el paradigma cambiase ante el contoneo incesante de unos ojos que no dejan nada al azar. Aquellos ojos que espían cada gesto y movimiento; ojos que desnudan, que apartan la piel y la carne, ojos que ven directamente al alma. No es un secreto para nadie, que es más fácil sentir el roce de una piel desnuda, que el zigzagueo de una mirada socavando tu mente. El acto carnal pasa a un segundo plano, luego de enterarse que los hierros posados alrededor del corazón, están siendo corroídos por sentimientos que afloran por las venas coronarias. Se siente el vacío, se adormece el cuerpo. El acto podrá consumarse en cualquier momento y aun así, es irrelevante. Algo que nunca encontrarán en libros de sexualidad, es el secreto que las mil y una pareja se guardan celosas de los solteros: el acto de la máxima desnudez. Quizá ninguna de las dos mil dos cabezapensantes lo entienda,

pero no huir de una cama una vez alcanzado el orgasmo, es único acto puro entre dos que dicen quererse ante los ojos del mundo.

Consúmase el amor en las pieles y que los fluidos se hagan un solo río, evítense las estéticas de revistas y besen cada rincón del cuerpo que se entrega, no huya, quédese; atórese entre los brazos de su amante, mírele a los ojos, duérmase desnudo olvidando que la vida existe.